

En torno a la narcoimaginación, sus paradojas históricas y figuraciones contemporáneas

On Narcoimagination and its Historical Paradoxes and Contemporary Figurations

Hermann Herlinghaus
Universidad de Freiburg
hermann.herlinghaus@romanistik.uni-freiburg.de

Enviado: 14 octubre 2022 | **Aceptado:** 24 marzo 2023

Resumen

El texto ofrece una reflexión conceptual sobre las diferentes formaciones de narrativas y literaturas que se dedican a la representación de conflictos en torno a los narcóticos o el impacto de sustancias psicoactivas hacia la alteración de la conciencia. Se propone la noción de una modernidad psicoactiva occidental como marco histórico y fenomenológico para situar y distinguir una narcoimaginación latinoamericana contemporánea de las narcoliteraturas europeo-occidentales.

Palabras clave: Modernidad psicoactiva occidental, narconarrativas, narcoimaginación, pharmakon, «recetario indígena».

Abstract

The text offers a comparative conceptual reflection on the culturally and historically different formations of narratives and literatures, in which the representation of either drug conflicts or the impact of psychoactive substances toward consciousness alteration play a major role. The notion of a Western psychoactive modernity is presented as a framework in order to historicize and thus distinguish a contemporary Latin American narcoimagination from Western European narcoliteratures.

Keywords: Western psychoactive modernity, narcoculture, pharmakon, «indigeneous pharmacy».

Independientemente de cómo quisiéramos iniciar la reflexión sobre «narcotransmisiones», estamos ante una problemática que compite por una multitud de atributos –urgente, compleja, paradójica, terrible, reveladora, tramposa, absurda– con magnitudes locales y transnacionales, sociales, psicológicas, económicas, geopolíticas, estéticas, antropológicas, etcétera. Si hubiera un denominador común se podría decir que lo multivalente y multifacético de ese magma es tal que resultaría difícil pensar en otro conglomerado parecido de fenómenos, inmanente o explícitamente relacionados entre sí. Un campo singularmente transversal.

Esto limita, naturalmente, la envergadura que puede cobrar un solo artículo. Como existe ya un mapa de numerosos acercamientos en los ámbitos latinoamericanos y más allá de ellos, opto por hablar de una serie de preocupaciones conceptuales y tocar unos aspectos genealógicos, atendiendo a cuatro secciones.

1. Un poco de genealogía personal
2. Narconarrativas y narcoimaginación como conceptos de búsqueda
3. La modernidad psicoactiva - ejes de historización
4. Hacia una farmacología cultural

Un poco de genealogía personal

En cuanto a las universidades, fue en los tardíos años noventa del siglo pasado que la problemática empezó a cobrar envergadura. En las facultades de Letras, la novela que pareció captar mayor atención solía ser *La virgen de los sicarios* (1994) de Fernando Vallejo. Al mismo tiempo, se replanteaba la cuestión de los criterios de acercamiento y calificación, dado que lo transgresor de las emergentes narrativas sobre «narcoesferas globalizadas» fue un factor de cierta consternación. De repente, clasificativos como género, local/nacional, sofisticación artística y psicológica, es decir, convenciones canónicas, no parecían ser suficientes para la comprensión de ellas. Ahí tomo como segundo ejemplo el libro «testimonial-ficticio» de Alonso Salazar *No nacimos pa' semilla: La cultura de las bandas juveniles de Medellín* (1990). Mientras la novela de Vallejo se situó –para algunas y algunos críticos– en una especie de apogeo artístico o «estilístico» (a veces sin que se analizaran las implicaciones violentas de una retórica narcicista), el libro de Salazar –narraciones ubicadas entre lo ficticio, lo testimonial y lo reflexivo– se encontró con rápidos calificativos de ser un libro sociológico, con valor «literario» menor. En parte, esto contribuyó a que se marginalizara *No nacimos pa' semilla* en el debate sobre una nueva tendencia literaria, al menos por un tiempo demasiado largo. Se pareció evidenciar que las normas del canon eran más sólidas (o subconscientemente interiorizadas) que los desafíos interesantes que ofrecía una noción de literatura abierta y exploradora. En el caso dado, el desprejuiciado enfoque etno-sociológico de Salazar causaba cierta sospecha entre críticas y críticos literarios.

Recuerdo que Jesús Martín-Barbero, en cambio, era uno de los primeros en tratar los textos de Salazar con alerta actitud conceptual, cuidándose de no colocarlos en un cajón. El hecho de que, más tarde, Héctor Abad Faciolince instigara el impreciso neologismo «sicaresca» no cambió la situación general. Lo que para Abad era un calificativo, por parte irónico y por parte contestatario por conocidas razones (ver *El olvido que seremos*, 2005), fue adaptado en algunos ámbitos de la crítica como incuestionado concepto teórico. ¿Pero qué sucedía si no existían esquemas previos desde los que encajonar lo que se iba a llamar narconarrativas latinoamericanas? Mi sensación era que se podría tratar de una emergente formación narrativa, y no solo literaria en el sentido convencional, lo que sugería aplicar miradas heurísticas para empezar a mapear un campo emergente. Acercamientos con sensibilidad hacia lo heterogéneo y paradójico más que una jerarquización precipitada. En esta dirección apuntaba mi interés, claro, impulso innegablemente subjetivo que trataba de visualizar la posibilidad de que iba emergiendo una nueva «narcoimaginación latinoamericana-global».

Hasta entonces, mi campo preferido había sido la modernidad, en especial, la modernidad heterogénea en relación con América Latina. Esta línea de investigación me había enseñado bastantes lecciones, e iba surgiendo la curiosidad acerca de si las narconarrativas no pudieran dar nuevos impulsos para comprender una modernidad global. El tema de los psicoactivos lucía una historia complicada en la formación (colonial y modernizadora) de la cultura occidental, trayectoria insuficientemente analizada. El solo aspecto de poder distinguir y comparar diferentes narrativas literarias, culturales y políticas en torno a las así llamadas «drogas» parecía proveer un tema rico para estudios culturales y decoloniales. Esto concierne a las *narconarrativas* latinoamericanas, por un lado, y a la importante tendencia de *narcoliteratura* occidental modernista (francesa, inglesa, alemana y, más tarde, estadounidense) por el otro, aquella que emergió de la autoexperimentación con determinadas drogas que numerosos autores y autoras emprendían en el siglo XIX europeo. El objetivo era explorar los efectos que estas sustancias psicoactivas podían tener sobre la mente humana, la conciencia, la fantasía creativa, las miradas filosóficas. Obviamente, el contexto de la creación narrativa, cultural y epistémica en la América Latina de los ochenta y décadas posteriores se distinguía de aquel de la Europa occidental modernista y así nace, con las *narconarrativas*, una tendencia que abre interesantes contrastes con la *narcoliteratura*. Este diferencia se explicará en las páginas siguientes. De ahí llegué a discutir la noción de una *modernidad psicoactiva occidental* (Herlinghaus, *Narcoepics: A Global Aesthetics of Sobriety* 20, 40, 82, 159 y 160). Aquella noción sugería un enfoque globalmente comparativo sobre cómo, entre los procesos formativos de la modernidad, los conflictos alrededor de sustancias psicoactivas jugaban un papel crucial. Considerar ambas tendencias aquí mencionadas, junto con otras investigaciones, ayudaría a echar luces más agudas y, en parte, más incómodas sobre las hegemonías contemporáneas en el mundo y sobre los normativos conceptos de individuo, sujeto, ciencia y civilización.

No quiero dejar de tocar, brevemente, un aspecto que parece imponerse a lo largo de la discusión sobre las narconarrativas –el estatus de la violencia en las respectivas obras, estatus estético-epistémico–. La temática venía tan sobrecargada de inseguridades, juicios que parecían innegables y mitos estrepitosos, que la pregunta sobre cuál era el mayor desafío epistémico de estas narrativas parecía escaparse de nuestras manos. Había algo tan sorprendente como digno de investigar en las nuevas narrativas: cuestionaban lo viable de una larga tradición estética, aquella que plasmaba lo violento a través de lo sublime relacionado, de diversas maneras, a la lógica afectiva de la catarsis. En otras palabras, se cuestionaba el modelo de la tragedia en su lineaje normativo occidental. Y encontramos el primer ejemplo consternador en los narcocorridos de *Los Tigres del Norte* de los 70 y 80. Historias humanas en las que, obviamente, abundan los asesinatos; las muertes violentas se plasman, en estas baladas, con suma sobriedad de estilo y afecto en vez de recurrir a estrategias catárticas con impactos trágicos. Esos narcocorridos iban a influir, implícita o explícitamente, en varias obras literarias y filmicas. Se trataba de nada menos que una «política estética» de organizar los afectos en relación con sucesos y experiencias violentas. En los decenios posteriores, una serie de obras literarias y filmicas también empezaron a sugerir modos de suma sobriedad para plasmar las experiencias de la violencia en tiempos de la globalización desigual. Al mismo tiempo, se trataba de obras de sensibilidad transnacional aunque no cosmopolita (ver Herlinghaus, «Zur neuen Krise»; *Violence Without Guilt* 34 y 90), una diferencia que también asociaba tensiones entre lo hegemónico y lo liminal. Ponderar, en relación con las narconarrativas, aspectos artísticos, antropológicos y epistémicos que apuntaban hacia una *nueva estética global de la sobriedad* era otro desafío. Sin detallar lo que está escrito en otra parte (Herlinghaus, *Narcoepics* 157-231), cabe mencionar el caso de Roberto Bolaño. Hasta la novela *2666* incita, literalmente, pensar en una «estética de la sobriedad». Esto no por causa de ciertas referencias al narcotráfico, sino por la extraña dialéctica con que la obra vincula las figuras *pharmakon* y *pharmakos* (Herlinghaus, «Towards a Cultural Pharmacology» 2-3; *Narcoepics* 1-26). Según una antigua semántica (que trataré más adelante), *pharmakon* se asociaba con una variedad de significados (medicina, veneno, sustancia mágica, y otros), mientras *pharmakos* apuntaba hacia una tradición ritualística pagana de designar y castigar «chivos expiatorios» –el *pharmakos* era el chivo expiatorio– (*Narcoepics* 20-26). Cuando entendemos esas nociones como figuras conceptuales nos pueden dar una clave, hasta ahora poco atendida, para una lectura de fondo de «La parte de los crímenes» de la novela *2666*. En un marco más amplio, estas nociones nos pueden ayudar a revelar lógicas formativas así como diferencias para mapear comparativamente lo que llamaremos, en lo siguiente, la *narcoimaginación* de una modernidad psicoactiva occidental.

El narcotráfico como fenómeno no se sobreentiende, aunque abundan los calificativos rápidos. Es decir, explicar las narconarrativas latinoamericanas desde la presencia del narcotráfico como mera referencia discursiva aún no nos permitía abarcar su complejidad. Nexos entre drogas y violencia se establecían como más que suficientes y no

hacia falta agregar otras críticas como, por ejemplo, aquella acerca de que varias de estas obras «festejasen» la violencia. El peligro de caer en el estereotipo y generalizaciones fáciles era evidente. Si a nivel de discursos internacionales se ha atribuido a las sociedades latinoamericanas un mayor potencial de violencias que la que se observaba en el mundo del Norte, era urgente visitar los criterios recibidos: pensar los trasfondos mismos de una modernidad violenta, inscritos en los supuestos históricos y epistémicos impuestos desde los centros de la modernidad. ¿Podían las narconarrativas rendir otra contribución más para la comprensión crítica de estos trasfondos cuyo universalismo ha empezado a tambalear ya hace tiempo?

Narconarrativas y narcoimaginación como conceptos de búsqueda

En un primer paso definitorio, se puede conferir a las *narconarrativas transnacionales* un sentido abierto, abarcador de un amplio campo de problematización. Lo resumo de la siguiente forma. El epíteto narco como indicador va más allá de lo referencial-descriptivo. *Narconarrativas* designa una multiplicidad de dramas expresados en lenguajes antagónicos y articulados, tanto en América Latina como también en el otro lado de la frontera hemisférica, a través de fantasías que se revuelven alrededor de la depravación y desterritorialización de mundos de vida individuales y colectivos, causadas por varios factores. Entre estos factores encontramos el deterioro de redes de relaciones cívicas democráticas, junto con nexos sociales tradicionales; nuevas escalas en la movilidad y experiencia espacial de gente común –ante todo, el crecimiento exponencial de migraciones–; el aumento drástico de economías urbanas informales y la inclusión estratégica aunque desigual del campo en estas economías; el ascenso, desde luego, de la economía transnacional de narcóticos ilícitos. Al mismo tiempo, vibrando en y a través de las obras literarias, tenemos los indicadores afectivos, psicológicos, y socio-simbólicos de que algo se ha ido cambiando de forma arrasadora. Psicogramas, para decirlo así, de experiencias drásticas; aunque replicar el modelo de la novela psicológica individualizadora no era de la preferencia de las y los «narcoautores». Con esto se relaciona la observación de que hay una paradoja fuerte que atraviesa, llamativamente, obras y articulaciones culturales. Aunque la materia diversa que se narrativa está atravesada por ocurrencias y experiencias trágicas, chocantemente trágicas, la modulación estética de estas experiencias evita un estilo trágico-catártico. Se puede incluso hablar de una tendencia antiaristotélica y antihegeliana en esas narrativas del Sur Global (con excepción de las telenovelas).

Lo que marca una amplia parte de textos (me refiero ante todo a obras anteriores a 2006-2007) son configuraciones e imágenes de vidas abatidas, vida precaria: existencias humanas masivamente amenazadas por la privación, marginalidades urbanas, pero al mismo tiempo marginalidades afectivas (el caso de muchas mujeres expuestas a vio-

lencias viejas y nuevas), flujos ilícitos, todas y todos ligados a una gama de violencias y muertes no naturales. Resalto esto para visibilizar la paradoja de que, sin embargo, se tiende a evitar el enaltecimiento trágico-catártico. Por ejemplo, representaciones hiperbólicas de actos violentos (con cierta excepción de Fernando Vallejo) parecen haber perdido legitimidad entre muchos autores y autoras. Lo que encontramos son proyectos afectivo-sociales de sobrevivencia más allá de una ciudadanía garantizada, los que son éticamente afirmativos de forma, no pocas veces, consternadora, todo plasmado en tonalidades estético-afectivas de sobriedad. Hubo otro rasgo que me pareció indicar una tendencia mayor: la atmósfera no secular e incluso antiseccular que resonaba en una serie de narconovelas y películas, llenas –a primera vista– de referencias a la fe católica, pero en el fondo relacionadas con una proliferación de ritualidades neopaganas evocadoras de contextos no-cristianos.

Por el otro lado, cuando observamos que las obras reflejan –de una u otra manera– experiencias y saberes del Sur Global (ver Herlinghaus, «On the Concept Figure» 238-239), esto no significa que se trata de portadoras de sensibilidades cosmopolitas. El sensorio global no implica necesariamente una visión cosmopolita, por el contrario, también puede ayudar a cuestionar un cosmopolitismo imperial o hegemónico. Menciono también la disputa que hubo entre Rafael Lemus y Eduardo Antonio Parra donde el primero, educado en las letras metropolitanas de México y también cosmopolita, le reprochaba a la «literatura del Norte» su estaticismo regional junto con una supuesta carencia de experimentación y originalidad artísticas (ver Parra 71-77; Lemus 38-42). Consta ver que entre las paradojas que caracterizaban varias narconovelas de la literatura del norte de México encontramos su carácter regionalista-transnacional. Y es posible que ciertos arcaísmos y estilos, por parte, paratáticos de las novelas pudieran generar, entre lectores y lectoras afines a la noción de «literatura alta», el deseo hacia otro tipo de sofisticación literaria. Sin embargo, los elementos de sobriedad narrativa, junto con un cierto desinterés en los modelos modernistas o posmodernistas de escritura constituían no una carencia, sino una consciente estrategia estética para los autores del norte.

Referirse, ahora, a la *narcoimaginación*, permite pensar una heterogeneidad cultural –narrativa y no narrativa– en movimiento. Empecemos con los *narcoimaginarios*. Numerosos teóricos se han dedicado al concepto del imaginario social o imaginario colectivo (ver Quaa 36-40) desde ámbitos psicoanalíticos, cultural-sociológicos, antropológicos, poscoloniales, mediáticos. En particular, nos referimos a aquel segmento de «imaginaciones» que, «desordenadamente», suelen ser imanes en una sociedad, una cultura, en espacios globalizados más amplios o también en contextos más reducidos, según los casos. Se trata de una masa no estructurada de mensajes afectivos, pictográficos, simbólicos y discursivos que fluctúa como un cultural trans y subindividual. Piensen en un conglomerado cultural «prefigurativo», para usar un poco libremente la expresión de Margaret Mead (65-91). Prefigurativo apunta hacia la sobreproliferación de elementos extra y paralingüísticos que aún no han entrado en

una u otra codificación especializada, como lo son los discursos políticos, científicos, jurídicos, religiosos, artísticos. Esto, sin embargo, no tiene connotación valorativa, ya que no se trata necesariamente de imaginaciones subalternas, aunque las interrelaciones entre lo uno y lo otro son fluidas.

Ahora bien, hoy podemos decir del fenómeno que existe un *narcoimaginario* anacrónicamente generalizado, esto es, ubicuo en las sociedades del hemisferio occidental. Tratándose de representaciones no especializadas y tendencialmente no institucionalizadas que, en mayor o menor grado, se comercializan, queremos trazar una diferencia. Los argumentos son dos. Primero, existe una confusión conceptual alrededor del término «narcocultura» o «narcoculturas». Hubo una comprensión irritante, aunque bastante generalizada, relacionada con el fenómeno de que el narcotráfico y, ante todo, sus protagonistas ilegales (capos, traficantes, redes sociales informales, estilos de comportamiento, atracciones del dinero rápido, etc.) habían generado su propio universo simbólico y esquema de valores. Ahora, si esto se aceptara como marco definitorio, significaría que toda la parafernalia performativa, consumista, sexista, hiperbólica de las autorrepresentaciones del narcomundo se tomaría como representativa de una esfera notablemente más amplia de *narcoimaginarios*. Con lo que mejor llamarse *narcohiperbolicismo* y *narcoconsumismo* se trata, más bien, de una tendencia vampirizadora de una parte del sensorio cultural-masivo. Fuente de símbolos y narrativas identitarias que atraían y atraen partes de la juventud y de ciertos estratos tanto bajos como altos de las sociedades. Para distinguir, en este caso no hablamos de *narcocultura*, sino de *narcohiperbolicismo* o la *narcostentación*. Esta distinción nos parece importante para no reducir un concepto heterogéneo de cultura a lo que difunden los protagonistas y las atracciones del narcotráfico. Se admite, al mismo tiempo, lo fulminante de cómo estas representaciones han podido apropiarse segmentos del imaginario colectivo, y notablemente en los llamados ámbitos populares. Para poder historizar las dinámicas en las que emergen y se desenvuelven las *narconarrativas*, distinguir entre un *narcoimaginario*¹ dentro de lo cultural-contemporáneo y la *narcostentación* es un criterio necesario. Con esto queremos apuntar, también y rigurosamente, a los saberes y prácticas indígenas relacionadas con las plantas psicotrópicas. En esta esfera lateral (al margen de la normatividad), difícil de acceder discursivamente, sobreviven estratos culturales de trato holístico y ecológicamente consciente de la riqueza psicoactiva del continente latinoamericano. Esto, lo que llamaríamos el «recetario indígena epistémico-cultural» es parte de los *narcoimaginarios* (o de la *narcocultura*), aunque se distancia de la *narcostentación*.

Segundo argumento. ¿Cómo distinguir *narcoimaginario* de *narcoimaginación*? Narcoimaginación es un constructo heurístico, tentativo, que proponemos para ser explorado, es decir, no es pensado como un concepto probado y carente de ambivalencias. Pensamos que en el término *imaginación* resuenan aspectos de lo poético-figurativo, lo

1 Con esto, la noción de *narcoimaginario* tiene un marco semántico parecido a aquel de *narcocultura*, con que la última no se reduzca al *narcohiperbolicismo*.

cognitivo, lo psicológico, lo antropológico. Y uno podría decir que lo que para unos es *narcoimaginario* para otros es *narcoimaginación*. De acuerdo. Sin embargo, sugerimos una distinción donde lo básico no está en los términos aislados, sino en su relacionalidad. Si aquí volvemos a las *narconarrativas*, pensamos en novelas, películas, testimonios, telenovelas, obras de teatro. La relación asimétrica –el diferencial– que se forma entre discursos particulares como las *narconarrativas*, por un lado, y aquel conglomerado multifacético de *narcoimaginarios*, por el otro, puede ser pensado como *narcoimaginación*. En el momento en que determinadas *narconarrativas* interpelan el magma de los *narcoimaginarios* de forma activa, se generan diferenciales (narrativos) entre ambos. Una novela, con su potencial poetológico de intensificación y exploración de experiencias reales e imaginadas apropiada, modifica y mediatiza partes de aquel «material ubicuo» como saberes, leyendas, lugares comunes, etc. Otras novelas lo hacen a su manera, agregando aspectos reflexivos, lo que aplica también a películas y otros géneros formalizados. Si ahora consideramos ese conjunto abierto de obras diversas, ellas mismas nos propinan un universo de *narcoimaginación*, el que no es idéntico al magma de los *narcoimaginarios*, sino un diferencial de ellos. Es un poco como con la ciencia ficción, donde los respectivos textos y películas se suelen alimentar de todo un arsenal no solo de saberes tecnológicos y antropológicos, sino también de mitos y sueños (imaginarios); y cuando se considera no la obra singular, sino conjuntos más grandes de tales obras diversas, ellas propinan sus propios segmentos de conocimientos e historias –no idénticas al previo arsenal de saberes científicos y otros que les sirvieron como «base de material»–. Así se formó la ciencia ficción como un campo distinguido de imaginación. De forma similar, en la *narcoimaginación* (que permite situar las narrativas en su contexto cultural), se apropian elementos de la «materia prima» de los *narcoimaginarios*, los que reciben una mayor codificación y diferenciación (artística, conceptual, epistémica, cultural).

La distinción aquí descrita no se debe leer como simple resumen de obras existentes, sino como criterio e instrumento para la lectura, el mapeo y el análisis de esas obras. Un criterio que también posibilita relativizar enfoques demasiado individualistas y autonomicistas de lectura de escritores y escritoras singulares y nos sensibiliza hacia las relaciones más complicadas entre narrativas e imaginarios. Por ejemplo, ¿de qué manera nos ayudan las obras a abrir brechas en medio de lo difuso, lo mítico, lo desbordante, pero también lo ideológico, político, moral y jurídico de los imaginarios? Estos imaginarios heterogéneos, llenos de elementos hegemónicos y subalternos, tienen sus lógicas burroughs propias donde a veces se alimentan de representaciones más especializadas y a veces las expulsan. En lo que concierne a «los narcomundos», abundan imaginarios sobrecargados de problemáticas asunciones y emociones, y los discursos tanto políticos como mediáticos, no pocas veces, se unen a lo caótico, lo tendencioso, lo mitificador. Si leemos con curiosidad y desprejuiciadamente, las narconarrativas –aunque parezcan incómodas– nos propinan un diferencial aclarador, profundizador, pero también asustador, y no pocas veces crítico en medio de tales imaginarios. Merecen un interés hermenéutico que más seriamente apunta en esa dirección.

Lo que quisiéramos proponer, entonces, con el término de *narcoimaginación* es un criterio de calidad y legitimidad cultural-epistémica que no depende solo de un supuesto valor artístico o poético. ¿De qué manera ha contribuido la nueva formación narconarrativa en América Latina a generar ámbitos propios de saberes (incluyendo los transgresivos e incómodos), reflexiones inmanentes, percepciones y sensorios, así como tendencias y estilos estético-afectivos? Es decir, ¿en qué consiste su contribución a una *narcoimaginación contemporánea* y, preferentemente, una imaginación comprensiva, indagadora y crítica?

La modernidad psicoactiva - ejes de historización

Poco se ha pensado todavía una «modernidad» que se relaciona, principalmente, con el papel formativo de luchas modernas por y contra las sustancias psicoactivas a lo largo de varios siglos. Para comenzar, conviene aclarar que esta *modernidad psicoactiva* se sitúa en un polo opuesto a la *no modernidad* de la América indígena con sus recetarios ritual-religiosos, socio-comunitarios, terapéuticos, farmacológicos y cosmológicos de la cultivación, manejo y estudio de grandes variedades de plantas psicoactivas y no psicoactivas. Si tomamos el caso de la planta de coca, *Erythroxylum coca*, existen estudios señalando que las relaciones de criaturas humanas con esa planta comienzan hace casi 20.000 años (ver Kennedy 13). Por interesante que sea la singularidad de cada planta, aquí solo queremos señalar que en el mundo holístico de las culturas precolombinas lo psicoactivo se situaba en el centro de la sociabilidad, la cultura y la vida diaria. Constituía un aglutinador antropológico de las sociedades indígenas. Esas plantas marcaban un nexo entre la sostenibilidad social y la sostención de la naturaleza. El chamanismo psicoactivo muestra que se trataba, al mismo tiempo, de la sostenibilidad del balance cuerpo-espíritu. La expresión metafórica «recetario indígena» se refiere al uso –muchas veces ritualísticamente medido y afinado– de plantas y sustancias cuya variedad en los Andes, el Amazonas y el Orinoco era, y hasta cierto grado sigue siendo, enorme. En contra de esa tradición y sabiduría milenarias se desplegaba la *modernidad psicoactiva occidental*. Hoy, más de 500 años después del despegue transatlántico de la expansión de Occidente, en la palabra «drogas» resuenan o la sospecha o el exceso, a la vez que los narcóticos, crecientemente sintéticos, se han convertido en mercancías de masa –extremadamente diversificados, altamente rentables y afanosamente restringidos–. Pero eso no siempre fue así. Y hasta hoy hay una diversidad de comunidades indígenas que rechazan el trato occidental de las «sustancias sagradas».

Lo que hoy se llama narcóticos remonta, para recordarlo, a un concepto casi olvidado –el concepto antiguo de *pharmakon*–, designando sustancias de extracción natural, elaboración primaria y uso sociocultural. Pero las asunciones contemporáneas han priorizado la especialización y el moralismo a la vez, dificultando la comprensión de la genealogía originaria. Provieniendo de saberes milenarios, los *pharmaka* (antiguos)

se identificaban y diferenciaban según un catálogo de aspectos de uso, efecto y significado simbólico, en donde las relaciones entre medicina, veneno, sustancia mágica y artefacto simbólico no eran ni dogmáticas ni comercialmente jerarquizadas, sino que se vinculaban a tradiciones, ritos, y épicas politeístas. Saberes culturales-prácticos que tenían poco que ver con el trato de ingenuidad, dogma cristiano, avaricia y rentabilidad que les llegó a partir de las épocas de cristianización y colonización.

Varias de las plantas y sustancias psicoactivas autóctonas de América se iban tornando en mercancías dentro de los mayores ciclos de modernización, haciéndose estimulantes neurofisiológicos y factores psicoculturales para entrar en los hábitos diarios de las clases medias en formación. Entre las sustancias que se hacían «formativas» de gustos y hábitos modernos, estuvieron las tres grandes: el alcohol, el tabaco y el café, a los que hay que añadir el azúcar. Luego estaban las tres pequeñas: el opio, el cannabis y la coca (en forma químicamente elaborada, la heroína, la marihuana y la cocaína) (ver Courtwright 9-52). Los Estados nacionales más poderosos de la Europa occidental, ante todo Inglaterra y Francia (más tarde Estados Unidos), extrajeron para su formación y desarrollo (durante los siglos XVIII y XIX) enormes impuestos del comercio transatlántico de narcóticos. En consecuencia, el llamado sujeto-ciudadano moderno, cohabitante de los procesos de urbanización e industrialización se va formando, fisiológica y culturalmente, a través del consumo de sustancias poderosas y sugestivas (ante todo el tabaco y las bebidas) convertidas en componentes de hábito y estilo de vida: la nicotina, el café, el té, el alcohol y, en menor grado, el opio y sus derivados. Estos irían a influir ampliamente hábitos modernos de interacción social y costumbres de consumo individual. Sujetos modernos y consumo psicoactivo se iban haciendo inseparables, creando estimulaciones constantes con sus implicaciones estéticas y culturales. Esto influía, a lo largo de la Europa occidental, en las condiciones somático-afectivas de individuos y grupos expuestos a las presiones y tentaciones de la modernización. Este desarrollo es llamado, por David Courtwright, la «revolución psicoactiva» de la mitad del siglo XVII hasta finales del siglo XIX (2-5).

En el siglo XIX a más tardar, escritoras, escritores y artistas europeos se fascinaron ante los narcóticos en un mundo de drásticos cambios. Empezaron a emerger las *narcóliteraturas modernas*: narcopoéticas románticas, modernistas y vanguardistas. Eran diferentes –como ya mencionamos– de las *narconarrativas latinoamericanas* de la contemporaneidad. Las narrativas europeas estuvieron de una u otra forma impactadas por la «revolución psicoactiva», consecuencia del fetichismo narcótico de las élites europeas preocupadas por los enormes impuestos que el comercio transatlántico generaba para el bien de los nuevos Estados nacionales. Pero pronto la marea se cambiaría y vino la represión selectiva de sustancias, cuyo motor poderoso en el presente es la industria farmacéutica global, junto con los intereses geoeconómicos del Norte Global. En los primeros decenios del siglo XX, por iniciativa y presión de Estados Unidos, un conglomerado de contratos fue impuesto internacionalmente, el que sirvió para regular, con restricciones legales –y más tarde coercitivas y bélicas– un conjunto de sustancias

que, a partir de entonces, se declararon defectuosas e ilícitas (ver DeGrandpre viii, 120-121). Esta virada es denominada por Courtwright como la «contrarrevolución psicoactiva» (2-5), culminando en el dictado geopolítico del así llamado *War on Drugs* a partir de los setenta. Contextualmente, las *narconarrativas latinoamericanas* se sitúan en medio de las consecuencias de la «contrarrevolución psicoactiva» y el *War on Drugs* ocupándose de los cambios, peligros y tentaciones a que sociedades e imaginarios fueron sometidos bajo el efecto de las mencionadas represiones y, en consecuencia, las economías informales crecientes. En esto reside una marcada diferencia frente a las previas narcoliteraturas europeas y norteamericanas, las que históricamente coincidían con la «revolución psicoactiva» y sus largas repercusiones.

Las *narcoliteraturas* europeas habían empezado con el romanticismo del siglo XIX, y buena parte de esa literatura pertenece a escenarios aún no afectados por las prohibiciones selectivas con que nació la categoría de «drogas ilegales». A la luz del comercio y el progreso bioquímico, también los opiatos y la cocaína (descubierta en 1860 en Göttingen) circulaban libremente. Entre personajes de la literatura, e incluso de la ciencia, cundió el concepto de la «autoexperimentación» con ciertos narcóticos, lo que acercó a varios de ellos a la figura del descubridor científico. Recordamos los nombres de Coleridge, de Quincey, Baudelaire, luego Flaubert, Rimbaud, Apollinaire y otros. Experimentos estéticos y poéticos de *Rausch*/intoxicación atravesaban también el modernismo, las vanguardias y las artes más allá de ellas. Incursiones de escritores y artistas en los recursos creativos, transgresivos y experimentales de la experiencia de intoxicación inducida por drogas como el hachís, la marihuana y, en menor grado, la cocaína u otras sustancias. Aunque en el siglo XX aumentaban las proscripciones y el control, los intelectuales mantenían una memoria de lo anterior –aquí recordamos a Benjamin, Hesse, Huxley, Burroughs y la generación «extática» de los años sesenta–. En tal literatura, que llegó hasta los *psychedelic counternarratives*, el interés por la alteración de la conciencia se percibió como búsqueda de alternativas frente a la racionalización de los mundos de vida, alternativas al agotamiento de energías sensuales y espirituales en el contexto de la secularización instrumental. Esta literatura iba perdiendo vitalidad (y parte de ella fue desembocando en la ciberficción) al mismo tiempo que las *narconarrativas* fueron emergiendo. En el Sur Global latinoamericano (México, Colombia y Bolivia son los ejemplos más visibles) estaban apareciendo representaciones distintas. Narcocorridos, novelas, testimonios y narrativas etnográficas, periodismo literario-investigativo, cine documental, cine de ficción, teatro. Lucían una sintomatología sociocrítica más rigurosa, más desilusionada y estéticamente más sobria del estado del mundo en relación con el asunto de los psicoactivos en comparación con las narcoliteraturas modernistas, cuyo contexto histórico-cultural era otro. Llamativamente, y salvo algunas excepciones, en las escrituras latinoamericanas la «autoexperimentación» psicoactiva y la exploración estética de estados alterados de conciencia juegan un papel notablemente menor o incluso están ausentes. Sus autores establecen otras prioridades.

Hacia una farmacología cultural

No queremos terminar sin hacer referencia, desde un ángulo más generalmente conceptual, a lo que pensamos que se ha vuelto tarea necesaria para nuestras «disciplinas». Trabajar en los bordes de las disciplinas para convertirlos en zonas de contacto no solamente es deseable, sino que urgente. Una mirada decolonial al amplio conceptuario de la modernidad ha mostrado que la función de los saberes canónicos fusionados con estructuras establecidas ha sido, por un lado, producir y difundir conocimientos y, por el otro, evitar, dificultar u opacar la producción y distribución de investigaciones y discursos indeseados. Desde una perspectiva actual consta decir que las élites de las sofisticadas sociedades del Norte han manejado los asuntos bioantropológicos y culturales-medicinales del planeta con maniqueísmo y falta de un sensorio ecológico adecuado –sus fuerzas motoras han sido la avaricia, el consumo masivo, la maximización de ganancias, la dominación social–. De forma no muy diferente, el canon científico en boga muestra como tendencia general el enfocar el tema psicoactivo desde la alta especialización acompañada por un lamentable maniqueísmo. Y al parecer, los nexos entre «salud pública» y salud individual, ambas relacionadas con la crisis planetaria de las bioesferas, también se manejan desde saberes estrictamente especializados y políticas maniqueas (ver Metzl y Kirkland 121). Sin embargo, la complejidad y creciente actualidad de los temas farmacológicos llama a colaboraciones estratégicas, éticamente responsables, entre las «dos culturas» del saber (en las palabras de Snow, refiriéndose a las ciencias naturales y las humanidades). De ahí hablamos de la necesidad de establecer una noción no solo de *farmacología bioquímica*, sino también de *farmacología cultural* que integre los arsenales analíticos-metodológicos de estudios culturales, estudios literarios, antropología y narrativas de curación holística.

Hasta hoy en día, tanto por sólidas razones científicas como el poder de economías aplastantes, prevalece y reina aquella farmacología que se llama «ciencia de las drogas». Según esta, las sustancias psicoactivas no son relevantes como factores de cultura cotidiana y antropología de la salud, ni se las entiende como situadas dentro de realidades construidas discursiva, psicológica y epistemológicamente. Son llanos agentes bio y neuroquímicos que se usan en contextos médicos o clínicos. Cuando no son controlados y circulan en ciertos ámbitos sociales, se los relaciona con el tema de la adicción. Según la existente noción especializada, los narcóticos se reducen a sus efectos, a determinaciones bioquímicas, esto es, a los factores de «primer orden». Si esto fuese el único acercamiento razonable a las drogas, a las y los escritores y artistas, historiógrafos antropológicos, ecólogos y teóricos culturales no les quedaría mucho que contribuir. Pero las cosas merecen una diferenciación más allá de un farmacologismo molecular.

De ahí sugerimos que se desarrolle un concepto de farmacología más amplio, cuyos desafíos provienen de las historias culturales y saberes holísticos de curación y la relevancia de estas en la vida contemporánea. Mencionamos el antiguo concepto del *pharmakon*, cuyas amplias connotaciones incluían los factores culturales, sociales

y ambientales, al lado de los efectos biológicos para poder determinar si se trataba de una medicina, un veneno, una sustancia para el uso ritual, o para administrar la interacción entre estas tres. Ese otro concepto de farmacología subraya las dimensiones socio y psicoculturales. Los factores de «primer orden» (el determinante bioquímico) se suelen modificar o complicar por los factores de «segundo» y «tercer orden»: condicionamientos inevitablemente variados como los modos de uso, edad y contexto social de las y los usuarios, género, contexto religioso-psicológico, genealogía étnica, enfermedades y condicionamientos fisiológicos previos, condiciones existenciales, climáticas, etc. Al mismo tiempo, como se sabe, una determinada sustancia puede causar experiencias dramáticamente diferentes según los motivos para el consumo, la dosificación y las formas de ingestión, los mitos y las expectativas que habitan en las mentes de las personas usuarias. Otros factores de tercer orden que influyen en la acción farmacológica serían los metacontextos histórico-culturales y existenciales: premodernos/modernos, centro/periferia, ciudadanía garantizada/«vida desnuda», urbanismos/regionalismos/globalismos. Cuando hablamos de *farmacología cultural* (ver Herlinghaus, «Towards a Cultural»), sugerimos considerar y analizar –junto con los factores de primer orden– el complicado conjunto de aquellos condicionadores de segundo y tercer orden que son la materia de exploración de personas dedicadas al arte, la antropología, psicología, sociología y filosofía.

Más específicamente, se puede distinguir entre *farmacografía* y *repertorios farmacológicos*. Una farmacografía transgenérica (ver Lenson ix-xi) incluiría diferentes géneros de escritura y medios modernos de representación en cuanto a los psicoactivos. Un «archivo que circula», para decirlo así, rico en discursos, narrativas e iconografías. Por el otro lado, vemos que en contextos al margen de la escrituralidad, los saberes farmacológicos circulan a través de «repertorios» vivos como en los escenarios marcados por los vastos saberes indígenas –saberes en acción, imaginación actuante, enseñanzas y prácticas orales, narrativas consideradas «menores» o asunto para etnólogos–. Sobre las prácticas de curación y socialización holística existen fuentes e investigaciones. Al mismo tiempo, hay ámbitos que se sitúan lejos de los formatos de «archivo». Las distancias siguen siendo serias, distancias menos geográficas –y más epistémicas–, políticas y afectivamente determinadas. ¿Cómo entender, desde conceptos occidentales, los principios y métodos de cosmogonías psicoactivas, relacionadas con estructuras ritualísticas y hábitos autosostenibles? En la superficie, estas narrativas y prácticas parecen moverse entre lo metafórico, lo reiterativo (incluso monótono) y lo elíptico. Comprender sus intenciones conceptuales y experiencias cognitivas presupone cuestionar, hasta cierto grado, el canon epistémico de Occidente. Existen serias tendencias de apertura hacia la otredad del «recetario indígena», sin embargo, la arrogancia del ego occidental racionalista parece que se mantiene fuerte. Una *farmacología cultural* debería trabajar a favor de dar un lugar más justo a culturas de vida y curación que se basan en un concepto del *pharmakon* diferente de los dualismos de la farmacología occidental.

Hay preguntas que se hacen imperantes, independientemente de nuestras preferencias y sitios académicos. ¿Qué significa salud? ¿Qué significa curación? ¿Cuáles son y cuáles deberían ser los actores competentes que se ocupan de la envergadura de estos temas? ¿Qué significarían ecologías de vida para seres humanos y no humanos? Es decir, ¿cómo reconcebir y aplicar perspectivas ecológicas de sobrevivencia mutua? Esas preguntas nos llevarían a estar atentos hacia ámbitos que también merecerían consideración en el contexto de lo que hemos discutido como narconarrativas y narcoimaginación. Nos referimos a las historias farmacológicas de aquellas plantas que requieren un tratamiento científico, práctico-pedagógico, lúdico pero también jurídico, por fin, justo para salir de la sombra de la modernidad psicoactiva occidental: las sustancias del ayahuasca, la mescalina (peyote) y la planta de coca. Consta que las *narcoliteraturas modernistas* se preocuparon de esferas de conciencia alterada e imaginación ampliada, mientras que las *narconarrativas latinoamericanas* exploran solo muy parcialmente estos fenómenos. ¿No estaríamos necesitando reactualizar nuestra mirada sobre aquellos «seres-plantas» del continente latinoamericano y discutir los caminos de colocar sus méritos medicinales en lugares adecuados? Las sociedades occidentales se están tropezando con la dramática necesidad de repensar sus asunciones biopolíticas y bioecológicas. Se necesita una desprejuiciada (re)conexión de los tremendos recursos de curación holística que existen en el mundo de hoy con los sistemas medicinales existentes. Estos sistemas requieren una apertura que al menos relativice sus avaricias de rentabilizar las enfermedades, habiendo colocado los tratamientos rápidos y altamente especializados por encima de los principios de curación sostenible. La pregunta sobre qué es y qué debería ser salud en las sociedades global y desigualmente conectadas ha llegado a resonar con más ímpetu hoy. Las narconarrativas latinoamericanas aquí discutidas, es decir, aquellas que conocemos como tales, lucen cierta distancia frente al recetario indígena de saberes y usos psicotrópicos. Aquí las y los escritores y narradores culturales, igual que la crítica académica, se encuentran ante el desafío de experimentar con perspectivas aún más inclusivas, siguiendo su rol de ser pioneros en rescatar la problemática psicoactiva de las zonas de guerra, instrumentalización geopolítica y desproporcionada rentabilidad.

Referencias

- Courtwright, David. *Forces of Habit: Drugs and the Making of the Modern World*. Harvard University Press, 2001.
- DeGrandpre, Richard. *The Cult of Pharmacology: How America Became the World's Most Troubled Drug Culture*. Duke University Press, 2006.
- Herlinghaus, Hermann. «Zur neuen Krise der kosmopolitischen Imagination». *Berlin, Paris, Moskau: Reiseliteratur und die Metropolen*. Eds. Walter Fähnders, Nils Plath y Hendrik Weber. Aisthesis-Verlag, 2005.

- —. *Violence Without Guilt: Ethical Narratives from the Global South*. Palgrave Macmillan, 2009.
- —. *Narcoepics: A Global Aesthetics of Sobriety*. Bloomsbury, 2013.
- —. «On the Concept Figure of the Global South». *Remapping World Literature: Writing, Book Markets and Epistemologies Between Latin America and the Global South*. Eds. Gesine Müller, Jorge Locane y Benjamin Loy. De Gruyter, 2018.
- —. «Towards a Cultural Pharmacology». *The Pharmakon: Concept Figure, Image of Transgression, Poetic Practice*. Universitätsverlag Winter, 2018.
- Kennedy, Joseph. *Coca Exotica: The Illustrated History of Cocaine*. Fairleigh Dickinson University Press/Cornwall, 1985.
- Lemus, Rafael. «Balas de salva: Notas sobre el narco y la narrativa mexicana». *Letras Libres*, sept. 2005, pp. 38-42.
- Lenson, David. *On Drugs*. University of Minnesota Press, 1995, pp. ix-xi.
- Mead, Margaret. *Culture and Commitment: The New Relationships Between the Generations in the 1970s*. Anchor Press, 1978.
- Metzl, Jonathan y Anna Kirkland, editores. *Against Health: How Health Became the New Morality*. New York University Press, 2010.
- Parra, Eduardo Antonio. «El lenguaje de la narrativa del norte de México». *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, n° 30, 2004, pp. 71-77.
- Quaas, Lisa. *Narkoproza. Darstellungsparadigmen und Erzählerische Funktionen in der lateinamerikanischen Literatur zum Drogenhandel*. De Gruyter, 2019.
- Snow, C. P. «The Two Cultures». C. P. S., *The Two Cultures and the Scientific Revolution*. Cambridge University Press, 2012 [1959].